

de otros muchos que, sin duda, propiciarán ese urgente análisis todavía en suspenso que el propio Eloy Fernández o cualquier otro debe llevar a cabo. Ya no sólo hasta 1936, sino hasta un tiempo mucho más reciente que es el nuestro. ■ **JUAN ANTONIO HORMIGON.**

## UNA MALA EDICION DE PRISCILIANO

Con esta nota intento analizar las condiciones en que se han presentado recientemente en castellano los «**Tratados y Cánones**» de **Prisciliano**, descubiertos por Schepss en 1885, en la Universidad de Würzburg, y que publicara, en su original versión latina, con las notas del alemán, don Marcelino Menéndez Pe-

layo, en Apéndice a la «Historia de los heterodoxos españoles». La traducción castellana que se comenta, junto con el preámbulo y las notas que la acompañan, se debe a **Bartolomé Segura Ramos** y la publica «Editora Nacional» en su «Biblioteca de visionarios, heterodoxos y marginados» (núm. 1, Madrid, 1975).

Aranguren («Informaciones de las Artes y de las Letras» correspondiente al 27 de noviembre del pasado año) calificó a esta nueva «Biblioteca...» de «prometedora y desconcertante». El primer acercamiento a este volumen parece confirmar los calificativos, puesto que la brevedad del preámbulo inducía a pensar que el «texto» prevalece sobre la presentación, que no se va «a jugar con el priscilianismo» (como dice Aranguren) y que nos encontramos ante una edición simple y formalmente cuidada de los escritos del obispo de Avila.

Sin embargo, en la página 105 nos encontramos con el «Tratado IX. Bendición a los fieles», y empiezan los problemas. Según Schepss, el Tratado IX es el «Tractatus ad popu-

lum (I)». Cabría pensar en nuevas investigaciones que hayan propuesto un cambio en el orden de los Tratados, aunque nada de ello se nos haya dicho en la presentación. Pero no. Porque entre el final de la página 105 y el principio de la 106 se lee: «...pues tú eres Dios a quien creemos único Dios en todo el origen de las / ni existe subida por el atajo.» ¡Vaya por Dios! ¡Un baile! ¡Paciencia! Es preciso, pues, saltar a la página 120, con lo cual la cosa ya tiene sentido: «...pues tú eres Dios a quien creemos único Dios en todo el origen de las / virtudes por dentro y por fuera interior y exterior superficial e infuso en todas las cosas.»

Dejemos entretanto la página 106, que se nos ha quedado inútil, y sigamos con la página 107, donde aparece nuevamente el Tratado IX, «Tratado al pueblo (I)», ahora de verdad. Pero empezamos a leer y el desconcierto nos entra por los ojos: «... Mostró que no podía hacerlo, como dijo el profeta (Hos., 14, 10), puesto que así está escrito (Es., 40, 6-8), según dice el Señor en el

## JACA, 1930

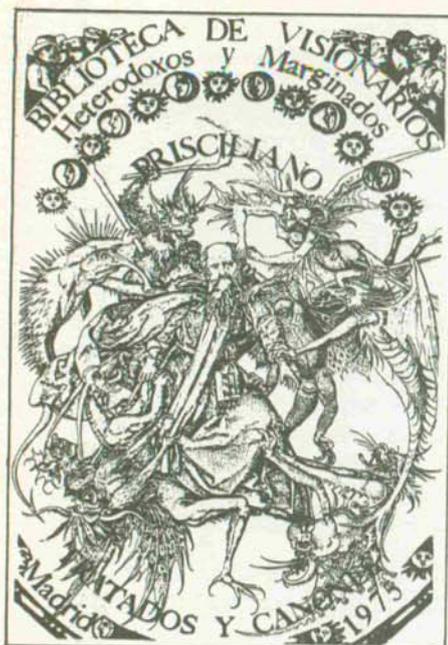


**Eduardo de Guzmán** es ya conocido por los lectores de TIEMPO DE HISTORIA. Como ciudadano y como periodista («La Tierra», «La Libertad», «Castilla Libre») vivió intensamente una década decisiva de la historia española: la muy agitada que va de 1930 a 1940. «1930, historia política de un año decisivo» (Tebas) fue, precisamente, el título de uno de los primeros libros con los que Eduardo de Guzmán retornaba a la normalidad editorial después de una larga marcha por el silencio involuntario. Libros como «La muerte de una esperanza» o «El año de la Victoria» (G. del Toro) son otras obras suyas donde recrea de manera testimonial días trágicos que le tocó en suerte, o desgracia, vivir.

Ahora han aparecido dos publicaciones más: «**Sublevación de Jaca y Cuatro Vientos**» y «**El pacto de San Sebastián y el comité revolucionario**». Ambas son fascículos de la serie «**50 años de vida política española**», números 13 y 14, de Ediciones Giner.

Guzmán ha buscado aquí trasladar al lector de hoy al papel de contemplador y testigo de aquellos precursores días de ayer, que él vivió tan desde dentro (en uno de los fascículos aparece en una fotografía acompañando a don Niceto Alcalá Zamora, cuando éste salía de la Cárcel Modelo madrileña). Tal es, por ejemplo, el caso de su relato de las sublevaciones fallidas de Jaca y Cuatro Vientos, presentadas como algo vivo y como crónica desde el presente de entonces. Guzmán ofrece, de hecho, el minutado de ambas intentonas; las frases pronunciadas por los protagonistas en los momentos claves; la cuenta pormenorizada de sucesos que fueron decisivos (como el viaje de Casares Quiroga a Jaca), etc...

Y junto a ello, como aportación objetiva, se incluyen documentos de la época relativos a los hechos relatados. Así manifiestos, cartas personales, crónicas periodísticas, notas oficiales, fragmentos de memorias, etc... ■ **V. M. R.**



Evangelio (Luc., 13, 24)». ¿Qué es esto? Sencillamente, que alguien es responsable de la desaparición de unas quince líneas. Porque, como dijo el profeta: «Quis sapiens et percipiet haec et intellet... etc.»; porque, como está escrito: «Omnis caro ut faenum et omnis gloria hominis ut flos faenum»; y, como dice el Señor en el Evangelio: «Intrate per angustum hostium... etc.» Tal es el principio de las citas bíblicas que han desaparecido. La página 107 continúa en la 106, y también en ésta faltan unas líneas. A continuación es preciso ir a la página 119, en la que empieza el «Tratado al pueblo (II)», y desde allí volver a la 108, siguiendo ya con regularidad hasta la página 117, aunque también faltan líneas del texto. Y aquí viene a terminar la maraña, porque una página que queda sin sentido, la 120, tiene su principio, como se ha dicho, en la página 105, donde debe empezar el Tratado XI, «Benedictio super fideles», pese a que en este malhadado libro se le numera IX, por error de imprenta, claro.

Parece, a la vista de lo dicho, que esta crítica se está quedando reducida a una crítica de la impresión. Lo cual, por otra parte, quizá no sería del todo ocioso, tanto por lo que toca a las editoriales, bastantes veces poco respetuosas con los clientes, como a los compradores, a los cuales, cuando menos por lo que respecta a esta edición, les acabo de proporcionar una guía útil para moverse entre las páginas de este libro increíble. Pero también en otros aspectos hay materia de reflexión.

Uno sospecha que esta edición está

hecha para aficionados, para gentes más o menos inquietas y más o menos formadas. Los especialistas ya poseen el original publicado por Schepss y reproducido por Menéndez Pelayo. Por otra parte, la somera presentación de Segura Ramos parece confirmar este propósito de acercamiento a un público no especialista. Desde este entendimiento, creo que son notables dos defectos de la edición.

Es el primero no traducir el texto íntegro, como ya hemos señalado por vía de ejemplo. Y para el caso no vale la disculpa del presentador: «... reproduzco (...) las (citas) que son imprescindibles por formar cuerpo sintáctico con el texto de Prisciliano, o por ser necesarias para la comprensión del mismo; si no es así, recojo sólo la cita bíblica, por razones generales del contexto». Desconocemos a qué «razones generales» se refiere Segura Ramos. Estimo que la inclusión del texto de la cita es necesario por dos razones: una, de economía, se refiere a que de otro modo es necesario tener a mano una Biblia para conocer el pensamiento de Prisciliano, porque el público normal no se sabe la Escritura; la segunda, por respeto al autor traducido, ya que la traducción del autor es personal y las citas no se ajustan al texto latino de la Vulgata.

Para terminar. Habla Segura Ramos de los «meandros y recovecos sintácticos» de Prisciliano. Atención, pues, al texto castellano. Para poner sólo un ejemplo, el Tratado XI, «Bendición a los fieles», se nos ofrece (71 líneas) sin un solo punto ni una sola coma. Si no he contado mal, el texto establecido por Schepss presenta cuatro veces punto y seguido; una, punto y coma; dos, dos puntos, y, en fin, 57 veces, coma. Realmente, estimo excesivo el ejercicio sintáctico del traductor: Prisciliano no es precisamente Joyce.

Por lo demás, el libro tiene la ventaja de ofrecer por primera vez en castellano las obras de Prisciliano, por más que lo haga de modo tan poco fácil. Sería triste, y cabe temerlo, que los profanos en la materia lanzasen sobre Prisciliano la condenación que, según la leyenda, mereció de San Ambrosio Persio Flaco: «Si non vis intellegi non debes legi», que se pone en romance por «Si no quieres ser entendido no debes ser leído.» La verdad es que Prisciliano no tiene la culpa. ■ **JOSE ANTONIO GARCIA COTARELO.**

## GERONIMO: DE LA OSCURIDAD A LA LUZ

«Al principio, el mundo estaba envuelto en la oscuridad. No había sol, ni tampoco día. La noche eterna no tenía luna, ni estrellas.» Es el viejo apache **Gerónimo** quien así habla, en un estilo casi bíblico que no sabemos si le vendría de herencia o sería aprendido de algún pastor de la reserva.

Gerónimo contó **su vida** en el verano de 1905, cuando tenía ya cerca de ochenta años (había nacido en junio de 1829). El relato fue recogido por **S. M. Barrett**, superintendente de educación en la comarca de Lawton (Oklahoma). Luego lo reeditó F. W. Turner III y ahora aparece en castellano, traducido y anotado con extraordinaria justeza por **Manuel Sacristán**, que glosa pasajes y sucesos del libro, aclarando o ampliando su contenido e incluye, además, una cronología que sitúa en su contexto histórico la vida de Gerónimo y de su perseguido pueblo.

Podemos contemplar desde diversos puntos de vista esta autobiografía de Gerónimo. Muy interesante como libro de aventuras, escrito en un lenguaje vivo, de ritmo rápido y sin retóricas ni adornos, es asimismo un excelente testimonio histórico, un ejemplo acabado de cómo fue destruida la cultura india por los anglosajones con su agresión económica... Esta agresión económica suponía el exterminio de los indios en una verdadera operación de genocidio, realizada con eficaz brutalidad, a diferencia de la conquista latina del sur, donde no por bondad, sino por efectuarse dentro de un estadio económico más atrasado el genocidio no se consumó en todos los casos.

A este genocidio sistemático los indios respondieron de manera aislada. Gerónimo cuenta que «los indios intentaron siempre vivir en paz con los militares y los colonos». Pero fueron traicionados una y otra vez. «Después de aquellos incidentes —sigue su relato— los indios decidieron no ser nunca más amables con los hombres blancos.» Muchos de ellos, a la desesperada, intentaron en la década de 1880 sacudirse el yugo del blanco. Aquella «alteración mesiánica» terminó en la matanza de Wounded Knee, Dakota del Sur, un 29 de diciembre de 1890.